

EL MINISTRO H:—Entiendo por maltrato una residencia incómoda, mala comida, falta de servidumbre.....

OTRO MINISTRO (también europeo):—Se dice que no han proporcionado al señor Madero cama en qué dormir.....

EL CUBANO:—Los señores Madero y Pino Suárez no se quejan de la comida, ni es incómoda la habitación. Sólo les falta lecho en qué acostarse..... y más prudencia de centinelas.

EL MINISTRO H:—(Señalado por su enemiga al gobierno y a la persona de Madero):—Oh, eso es impropio. No se puede olvidar que el señor Madero ha sido hasta ayer el jefe de la nación.

EL MINISTRO X:—Yo no creo que peligre la vida de Madero y Pino Suárez.

EL EMBAJADOR:—El presidente Huerta no consintió la salida del tren que había de conducirles a Veracruz, por razones de orden político.

EL CHILENO:—Todos los ministros convenimos en recomendar personalmente al señor Huerta el trato más benigno para ambos presos.

Y uno por uno fué preguntando a cada colega si había gestionado en favor de los caídos.

MR. WILSON:—El señor ministro de Alemania me acompañó a entrevistar, con ese fin, al presidente.

El de España, dió pormenores de su conferencia con el general Huerta; y otro tanto el del Brasil. Uno solo no quiso unir sus votos a los nuestros. Lo declaró con tono solemne, con frase intencionada, corta, maciza.

Al despedirse Mr. Wilson, regocijado, sostuvo conmigo, a media voz, un diálogo sugestivo y trascendental:

EL EMBAJADOR:—¿Piensa usted, ahora, ir «allá»?

EL CUBANO (sonriendo y procurando leer en el alma de Mr. Wilson):—¿A dónde?

EL EMBAJADOR:—«Allá»..... al palacio con el señor Madero....

EL DE CUBA:—No, señor embajador. Nadie me lo ha pedido.... Yo fuí anoche, porque así lo concertaron los señores Huerta y Madero. Me quedé porque, a última hora, una de las partes, Huerta, faltó al compromiso, y hubiera sido repugnante que yo abandonara en ese momento a la otra parte, al señor Madero, que me consideraba su única garantía, y como tal garantía fuí llamado, en acuerdo con el propio Huerta.

EL EMBAJADOR:—Se condujo usted noblemente, ministro; y al general Huerta no le ha disgustado su proceder; porque usted es ahora buen testigo de que nada sufre el señor Madero. De ayer a hoy las cir-

cunstancias han variado por modo extraordinario. El jefe del ejército, sublevado contra el señor Madero, a quien pudo fusilar, se ha convertido en Presidente de la República y tiene, ante los Estados Unidos, y ante el mundo, la responsabilidad de la vida del señor Madero.....

EL CUBANO:—Usted cree, embajador.....

EL EMBAJADOR:—Sería una desgracia para Huerta el matar al señor Madero. Anoche, estando usted a su lado, no se hubiese atrevido Huerta a tocarle; pero, hoy la vida del señor Madero corre menos riesgo que la de usted y la mía. Su único peligro (añadió riendo) es un terremoto que lo sepulte bajo los escombros del palacio nacional.... El señor Madero no necesita ya de que usted le ampare. Todo se ha hecho para salvarle y está salvado.... (Mr. Wilson se detuvo como reflexionando y continuó): Al general Huerta le han dicho que el señor Madero daba anoche muestras de completa demencia y que esto decidió a usted a no dejarle.....

Para el embajador, la solución del problema consistía en encerrar a Madero en un manicomio, y me produjo honda alarma la idea de que esa cruel medida se adoptase, dando yo la falsa prueba.

EL CUBANO:—Han engañado al general Huerta. Jamás he visto al señor Madero tan sereno y tan lúcido....

Mr. Wilson es hombre flaco, estatura mediana; nervioso, impaciente, impresionable; facciones duras y semblante seco; bigote gris, caído; mirada penetrante, y los cabellos, en gran pobreza, divididos en raya sobre la mitad de la frente....

—¡Oh! interrumpe ¿es cierto eso?

EL CUBANO:—Sí, embajador; Madero guardó anoche tranquila compostura; más en calma que ahora estamos nosotros. En todo el tiempo que estuve junto a él, no habló mal de nadie, ni siquiera de sus peores enemigos, de Huerta, de Félix Díaz, de Mondragón....

\*  
\*\*

En la calle el grupo de curiosos contemplaba el desfile de ministros. Varios caballeros, casi en su totalidad yanquis, me detuvieron:

—Señor ministro—dijo uno de ellos—ha sabido usted conquistar para Cuba los corazones honrados....

## VII

**La diplomacia europea y la diplomacia intermediaria del yanqui. Recepción en Palacio. El reconocimiento de las potencias. Los discursos. Dulces y licores. Las damas de la familia Madero. Gestiones desesperadas. Los leales se esconden o huyen. Entrevista de la esposa de Madero con el embajador Wilson.**

Habrás penetrado, lector, en la importancia que tuvo, para los destinos de México, la última reunión del Honorable Cuerpo Diplomático, toda ella repleta de enseñanzas para los que reconocíamos, en el dolor de la patria de Juárez, algo de nuestras propias desventuras. Vagando, en torno de los representantes europeos, la sombra de Monroe, nadie intenta contrariar al embajador americano. Al romper la tempestad, el europeo se acoje a la diplomacia intermediaria de Mr. Wilson, a quien supone intérprete de su gobierno, sólidamente respaldado por la sesuda cancillería de Washington. No se escapaba desde luego al sereno observador, lo turbio y contradictorio de la política seguida por el yanqui, exagerado en sus juicios e impropriamente enardecido en contra del indefenso Madero, que tuvo en él epiléptico adversario; pero, los ministros del Viejo Mundo imaginaban los hilos en manos del presidente Taft, y amoldaban sus principios, y los ideales del derecho y la justicia, a Mr. Wilson, especie de Providencia de los intereses mundiales, confiados a la táctica de los Estados Unidos. En las relaciones de Europa con la América Latina, ese es el régimen vigente. ¿Podían negarse aquellos ministros al dictámen de Mr. Wilson, que oficialmente encarnaba el poderío, la voluntad, el firme propósito, los designios de la gran República del Norte? El embajador se alza entre ambos Continentes; y ejerce de Supremo Delegado Universal. Necesita libre los brazos para la inmensa responsabilidad que descarga el planeta sobre sus hombros; y no le oponen resistencia los europeos, ni combaten sus prejuicios, ni les preocupa el móvil de sus planes, diplomacia expectante y, en cierto modo subalterna, estrecha, limitada, estrictamente profesional, sujeta a resortes fijos y distantes que, a veces, los propios ministros desconocen. El diplomático europeo que sabe de memoria su papel, lleva el espíritu cortado a la medida que exigen las circunstancias; obedece a un mecanismo de tradicional habilidad, y cumple su misión, ahora fingiéndose indiscreto, después apretando los tornillos de la reserva; si violento obedece algún mandato; si calla y se resigna y endulza su lenguaje, es el soplo de su gobierno que lo inspira y lo dirige y lo domina. Mr. Wilson, en cambio, desborda sus iras y refleja en el semblante, el interno fuego de sus pasiones. Le falta benevolencia; y

lo aturde la fuerza que guarda sus espaldas. Juguete de medieval orgullo, su diplomacia es ciencia de coloso. Y sintiéndose coloso está satisfecho de su obra. En un «regio» departamento del palacio nacional, conversa con sus colegas, todos, y él mismo, de uniforme. Desperté de un sueño luctuoso, entre casacas bordadas de oro, radiantes de luz, y espadines y tricorneos y plumas y penachos; y en orden de rigurosa procedencia, a la señal del flamante jefe del protocolo, fué la marcha al Salón de Embajadores. Un grupo de «chambelanes» en la puerta, presenciaba alegremente el diplomático desfile, rodeando al «héroe del cuartelazo», vestido de paisano, que disfrutaba de las efímeras ventajas de un simple abrazo; y anticipaba la sensualidad presidencial, con secas reverencias a los ministros que halagaron sus ansias en artificiosa cortesía. «Está triste . . .», me dijo alguien al oído; y, en efecto, disimulaba sus «recelos» llenando de aire los cachetes. «No tiene cara de presidente . . .», observó la misma voz al chocar nuestros ojos con la mirada lánguida y el redondo cráneo de Félix Díaz. Mas, de improviso, ilumináronse las mejillas del aparente vencedor; y soltando el buche de aire que retenía, bajo el espeso bigote, sus labios de mixteca, rindió homenaje de cariño a Mr. Wilson, que hartó merecía expansiones de positiva gratitud. Entramos uno a uno en silencio y formamos dorada elipse. Por el fondo apareció Huerta, ceñida la vieja levita, que no hubo tiempo de hacerla nueva, acompañado, en triunfo, de sus ministros. El traje le caía tan mal como los pantalones al centinela de Madero. Pausadamente se adelantó, inclinando a derecha e izquierda la cabeza. Erguido, acomodó los espejuelos para mirar, persona por persona, a los representantes extranjeros; y repitió la inclinación de la cabeza, a diestra y siniestra. Fué aquella su primera ceremonia; y no lo turbaron el recuerdo de sus víctimas, encerradas en la intendencia del mismo palacio, bajo sus pies de sultán, ni el solemne aparato diplomático. Mr. Wilson leyó entonces la pieza literaria del señor Cologan, vertida al idioma de Edgar A. Poe. Nosotros la conservamos en la lengua del clásico D. Francisco de Quevedo:

«Señor Presidente:

El Subsecretario de Relaciones Exteriores me informó, por medio de una nota de fecha veinte del actual, que Vuestra Excelencia había asumido el alto puesto de Presidente Interino de la República, de acuerdo con las leyes que rigen en México. Al mismo tiempo me manifestó que Vuestra Excelencia recibiría con gusto a los representantes de los gobiernos extranjeros acreditados en México; esta misma nota, que el subsecretario de Relaciones tuvo la deferencia de enviarme, fué comunicada también a mis colegas.

Por lo tanto, nos hemos reunido aquí para presentar a Vuestra

Excelencia nuestras sinceras felicitaciones, no dudando que, en el desempeño de vuestras altas funciones en las actuales circunstancias por que atraviesa México, que tanto interés despierta en sus países amigos, Vuestra Excelencia dedicará todos sus esfuerzos, su patriotismo y conocimiento al servicio de la nación y a procurar el completo restablecimiento de la tranquilidad, ofreciendo a mexicanos y extranjeros la oportunidad de vivir en paz y contribuir al progreso, a la felicidad y al bienestar de la nación mexicana.»

En ayunas se hubiera quedado el presidente de cuanto dijo su camarada, a no ser la costumbre de remitir, previamente al ministerio de Relaciones Exteriores, copia de tales discursos. A cada coma y a cada punto, asentía Huerta con gesto convencido; y, al llegarle el turno de contestar, pronunció cuatro párrafos de acartonada prosa, pegados a la memoria.

«Señor Embajador:

Agradezco profundamente las bondadosas palabras que acabáis de dirigirme en vuestro nombre y en el del Honorable Cuerpo Diplomático aquí reunido, en esta solemne ocasión en que por primera vez tengo la honra de recibirlos como Presidente Interino Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos.

Los acontecimientos que acaban de pasar han sido el epílogo de la lucha fratricida que ha ensangrentado a la patria, y podéis estar seguros de que pondré todo lo que esté de mi parte—hasta el sacrificio de la vida si fuere necesario—por conseguir la paz que todos anhelamos.

Me complazco en aprovechar esta oportunidad para declararos que el gobierno de la República seguirá inspirándose en los más puros principios de equidad y de justicia y en el estricto cumplimiento de sus deberes internacionales, y os prometo, señores representantes de las naciones amigas, que mis esfuerzos y los de mis ilustres colaboradores, se encaminarán a garantizar plenamente las vidas y los intereses de los habitantes del país, nacionales y extranjeros.

Recibid, señor Embajador, para vos y para todos los respetables miembros del Honorable Cuerpo Diplomático acreditado en México, mi más atento y cordial saludo.»

En el rudo aspecto de don Victoriano, despuntaba la fibra de un carácter de bronce y nada vulgar entendimiento. Salimos, en procesión, de igual suerte que habíamos entrado; Huerta dedicó lucidas flores de su ingenio selvático al hijo del Sol Naciente, iniciando allí su política japonesa, no obstante la protección del generoso Hurigutchi a la familia Madero; y transcurridos breves instantes rodeábamos, en el cercano departamento, una mesa cubierta de pasteles, dulces y licores. Mr. Wilson, alegre como unas Pascuas, mojaba con finísimo Jerez el rego-

cijo; y en pleno delirio de entusiasmo, concluyó por levantar la copa rebosada, y brindar por Huerta, por «su gobierno que devolverá la paz al pueblo mexicano.....»

—Y para mañana, queridos colegas, aniversario del nacimiento de Jorge Washington, añadid, os invito con vuestras damas, en nombre también de la mía, a que vayáis a la Embajada a las cinco de la tarde....

Atravesaron los coches y automóviles del Honorable Cuerpo Diplomático el más ancho patio de palacio. Al vecino, dá la intendencia donde se hallan vigilados, por el pequeño centinela inmóvil, Madero y Pino Suárez, que esperaban la libertad o la muerte. Se estremeció el piso. Y acaso las víctimas en aquel instante se estremecieron....

\* \*

La madre, la esposa y las hermanas del presidente caído, gestionaban, de puerta en puerta, la salvación, ocultos, en lugar seguro, porque de otro modo habrían sido encarcelados, por pronta providencia, don Francisco Madero, padre, y don Ernesto Madero, tío del Apóstol. En continua diligencia, las nobles señoras iban y venían de la casa de España, de la de Cuba, de la del Brasil, de la de Chile, de la del Japón, esta última, hasta entonces, asilo piadoso de la conturbada familia. Cada hora, fracasado un plan, intentaban otro; aquí, acudían buscando consejo, allá, una mano protectora; y en todos lados el desaliento o el pesimismo o el miedo, las rechaza.... Los amigos huían disfrazados, ya en los trenes o en la montaña; o hurtaban el cuerpo a la borrasca en algún sótano apartado, en la mísera buhardilla o en rincones y agujeros del suburbio; y no había jueces, ni abogados, ni otras leyes que el sable tinto en sangre, el espía, el delator y el tenebroso esbirro. Las señoras de la católica aristocracia que imploraron de Madero la vida de Félix Díaz ¿por qué no exigen ahora de Félix Díaz la vida de Madero? Y la ilustre familia que encuentra cerradas las puertas y sordos los corazones, va de una legación a otra, y sólo mantienen activa su esperanza unos pocos ministros extranjeros que se estrellan en la cálida inquina de Mr. Wilson. Cuando la madre llorosa, enlutada ya por el suplicio de Gustavo, deposita en manos del raro embajador un despacho dirigido a Mr. Taft, en el que demanda los buenos oficios del poderoso presidente, Mr. Wilson acepta de mala gana el honroso encargo y nunca se recibe de Washington la respuesta; y si, por iniciativa de quien esto escribe, a fuer de críticos los instantes, acude la fiel esposa a la inspiración humanitaria del dramático personaje, grita desde el fondo de su alma la soberbia y no le enseña otra senda que el abismo.

EL EMBAJADOR:—Vuestro marido no sabía gobernar; jamás pidió ni quiso escuchar mis consejos....

No cree que sea Madero degollado; pero no le sorprende que expie Pino Suárez en el cadalso, la tacha inmortal de sus virtudes....

LA SEÑORA DE MADERO:—¡Oh, eso, imposible! Mi esposo preferiría morir con él....

EL EMBAJADOR:—Y, sin embargo, Pino Suárez no le ha hecho sino daño.... Es un hombre que no vale nada; que con él nada habría de perderse....

LA SEÑORA DE MADERO:—Pino Suárez, señor, es un bello corazón, un patriota ejemplar, un padre tierno, un esposo amante....

El brusco diálogo se prolonga, y no tiene Mr. Wilson una palabra de alivio.... ¿Pedir él la libertad del señor Madero, interesarse por Pino Suárez? Huerta hará lo que mejor convenga... La expatriación, por Veracruz, ofrecía peligros ¿por qué no se logra en Tampico? El embajador, inexorable.

LA SEÑORA DE MADERO:—Otros ministros se esfuerzan por evitar una catástrofe. El de Chile, el del Brasil, el de Cuba.

EL EMBAJADOR (sonriendo con crueldad):—No.... tienen.... influencia....

Entretanto llegaba yo a la embajada; y en el sitio donde Félix y Victoriano, queriendo devorarse, accedieron a un abrazo, encontré a la señora del doctor Nicolás Cámara de Vales, hermano político de Pino Suárez y Gobernador de Yucatán.

—Aguardo al señor embajador—me dijo—que está en conferencia con la señora de Madero....

Y al asomar al vestíbulo, la esposa del mártir seguida de la señorita Mercedes, cuñada suya, salía del salón del frente.... Mr. Wilson saluda, y la señora de Madero, sollozando, me informa de la entrevista... Llevé a las dos damas a su automóvil y no hallé consuelo mejor que dirigir las a «mi» Legación. Volví a la Embajada y un secretario me proporcionó teléfono:

EL EMBAJADOR DE CUBA (a su esposa):—La señora Madero y su cuñada la señorita Mercedes, van hacia allá en ese momento. Dales valor y enjuga sus lágrimas...

Mr. Wilson ahoga el agrio gesto en la sonrisa diplomática; y nos atiende.

EL EMBAJADOR:—Señor ministro....

EL MINISTRO:—Señor Embajador....

## VIII

*Ultima entrevista entre el embajador americano y el ministro de Cuba. Se trata de sacar a Madero y Pino Suárez por Tampico. Mr. Wilson se niega a proponerlo a Huerta. Entrevista del embajador con la esposa del Gobernador de Yucatán. Huerta ¿engañó a Wilson? El aniversario de Washington. Recepción en la embajada. Huerta y sus ministros. Huerta y Wilson.*

MR. WILSON:—Si desea usted que hablemos extensamente, recibiré primero a la señora del Gobernador de Yucatán....

Y temiendo que en cada hueco, detrás de las ventanas y de los espejos aguardasen individuos de misteriosa catadura, dispuestos a demorarme, juré urgente la materia y breve mi discurso....

—Un despacho en cifra me informa de la actitud que ayer asumieron las autoridades militares del puerto de Veracruz. En acuerdo Ejército y Armada no reconocerían al general Huerta Presidente, mientras el Senado no les comunicara que lo es conforme a las leyes; y destacaron fuerzas a Orizaba en espera del tren que llevase al señor Madero....

EL EMBAJADOR:—Lo sé todo y a ello se debió que Huerta impidiese la salida....

EL MINISTRO DE CUBA:—Por lo menos, el hecho sirve de pretexto.... Huerta resultó Presidente a las nueve y media de la noche del 19. A las diez ¿se sabía en Veracruz, habían deliberado las autoridades y telegrafado al general?

EL EMBAJADOR:—Desde luego que nó: pero, el Presidente, a esa hora, tenía noticias en qué fundar desconfianza.... Se han arreglado las cosas y ya no constituye Veracruz preocupación....

EL MINISTRO:—Entonces ¿por qué no dispone Huerta el tren?

EL EMBAJADOR:—De todos modos sería peligroso....

EL MINISTRO:—Hay peligro en Veracruz. ¿Y en Tampico?

MR. WILSON:—En Tampico no hay peligro..... pero tampoco hay buque para embarcarles....

EL MINISTRO:—Yo daría órdenes al comandante del crucero «Cuba»..... y antes de llegar los expatriados habría buque....

EL EMBAJADOR (en voz baja):—Oh, no, yo no hablaré de eso al Presidente; es imposible, Ministro, imposible, imposible....

La visión de Madero libre, encaminándose a la frontera norte de México, arengando a las multitudes, armando a los ciudadanos y encendiendo la revuelta «legalista», perturbaba, sin duda, la mente del yanqui, toda ella abstraída en el propósito de restablecer la paz «material» o sea la única paz que al diplomático interesaba. No era, desde luego, el obstinado Embajador, discípulo, en cuanto a lógica, de Stuart Mill,

en punto a sociología, de Herbert Spencer, ni estudiaba el complejo problema con otros datos que los del pretorianismo de Porfirio encarnado en la persona del nuevo Dictador. Nosotros hablábamos de la orden generosa de Agesilao; «A Nicias, si no ha delinquido, absuélvale; si ha delinquido, absuélvale por mí; y de todas maneras absuélvale;» pero Mr. Wilson, como la rubia Ceres, en el sueño de Eumenes, «corta unas espigas y teje una corona al vencedor.» En Huerta se condensan todas las esperanzas. ¡posee los secretos de la paz a que aspira el extranjero! ¿Por qué desviar su mano, perturbar su instinto, enmendar el código de su conciencia? Wilson aboga por una solución: el encierro. Pero Huerta matará... ¿No es Huerta, en cuestiones mexicanas, juez más adecuado? Huerta matará: es decir, matarán los enemigos del régimen caído; matará el espectro de la paz allí donde el desorden es vivir; donde morir es progresar. Y Mr. Wilson, aturdido por tan pavoroso discernimiento, no quiere interceder en provecho de Madero, e intercede en beneficio de Victoriano. La esposa del Gobernador de Yucatán ha relatado el motivo de su presencia, aquella tarde, en la embajada. Pretendía Mr. Wilson que influyera la aristocrática señora en el ánimo de su marido recomendándole, en persuasivo telegrama, el acatamiento a la nueva situación, ya que, de otro modo, según el indiscreto padrino, se arruinaba el contunaz Gobernador. ¿Sabía entonces Mr. Wilson la proximidad del suplicio de Pino Suárez? Sabiéndolo ¿cabía la peregrina indicación a su cuñado? Penetremos en la tiniebla profunda. Huerta que traicionó a Madero el 18 y le engañó el 19 ¿engañaría también, a Mr. Wilson, el 22?

\* \*

Abre sus puertas la Embajada, y luz y flores decoran su interior. La señora Wilson, hace los honores; elegantes, como reinas, las damas; erguidos, como príncipes, los caballeros; contando y riendo, a través de los salones, las peripecias de la víspera. El ministro de Bélgica se lamenta de una granada que hizo explosión en su lujoso comedor. La señora de Strong, esposa del inglés, hace, en tono triste, y con fina gracia, la apología de su yegua, muerta de un cañonazo. Una sola bala travesó a dos sirvientes del de Guatemala. y «Piratita,» el caballo del hijo del de Cuba, pereció destrozada el anca por la metralla....

UNA VOZ (a mi oído):—El Embajador está nervioso, inquieto....

EL MINISTRO DE CUBA:—¿Por qué?

LA MISMA VOZ:—Aguarda a la Divinidad Salvaje que tarda demasiado....

Mr. Wilson atraviesa, en ese instante, nuestro grupo; reparte sonrisas y mira su reloj:

—Llegarán pronto, dice consolado.

EL MINISTRO DE CHILE (llevándome aparte:)—Corre la especie de que han sido trasladados los prisioneros a la Penitenciaría.....

EL DE CUBA:—Nada sé.... y no lo creo....

UNA VOZ:—No falta, sin embargo, quien afirme que al señor Madero le han herido....

OTRA VOZ:—Es falso. Vivo o muerto. Herido, no.

EL DE CHILE:—Insisto en gestionar la expatriación de los prisioneros....

EL DE CUBA:—Yo, lo mismo.

UNA VOZ:—¿Y si dejaran, por ello, de ser gratos al gobierno actual?

EL CHILENO:—Absurdo. Somos ministros de naciones amigas, hermanas; y no actuamos contra nadie, sino en pró de todos. Es un servicio a México.

EL CUBANO:—Tengo este cablegrama de mi gobierno que apoya nuestros esfuerzos. Lea usted, Ministro.

El Sr. Hevia leyó:

«Ministro de Cuba.—México.—Presidente y Gobierno felicitan a usted por sus nobles y humanitarias gestiones para ayudar Gobierno de México a resolver actual situación asegurando la vida del ex-Presidente Madero y del ex-Vicepresidente, y fía en la nobleza de las autoridades y pueblo mexicanos el éxito de tan plausibles esfuerzos para honra de la humanidad y como la mejor manera de apagar las cóleras, en beneficio de la paz y consolidación de las instituciones. Estamos persuadidos de que el pueblo todo de Cuba, así como todos los demás, verían regocijados el respeto de la vida de Madero y sus compañeros, como prueba de la magnanimidad de la Nación Mexicana.—SANGUILY.»

EL CUBANO:—Mañana me dirigiré en nota, al Ministro de Relaciones Exteriores, transcribiendo ese hermoso despacho.

—Al señor Hevia Riquelme le parece «salvadora» la idea.

La concurrencia se «replega.» como un ejército en derrota; y entran al salón, Presidente y Embajador, seguidos de los miembros del Consejo, los ayudantes del general y media docena de chambelanes. En el acto, reconocemos la vieja levita de la víspera..... Huerta se detiene; inclina a derecha e izquierda la cabeza, pelada a punta de tijera; acomoda los espejuelos; observa aquí, allá; y a diestra y siniestra repite el saludo reglamentario. La corte forma en tornó a la heroica legión recién llegada; y la señora Wilson estrecha la mano del «caudillo.» Huerta dobla la cintura en respetuosa reverencia. Y la señora Wilson, acostumbrada a las grandes ceremonias, presenta con gesto afable a las damas. Huerta moviéndose lentamente, vuelve los ojos de un lado a otro; pronuncia frases de tímida urbanidad:

—Beso a usted los pies.....

—Mucho gusto.....

—Servidor.....

La señora Wilson tómale del brazo y rompe la marcha al «buffet.» Le siguen las parejas que ella misma ha designado. A la señora del ministro de Cuba la conduce el de Hacienda, el muy ilustre y muy sabio don Toribio Esquivel Obregón.... Rodeamos la amplia mesa, cubierta de primores, y cobra ánimo y calor de fiesta la recepción. Mr. Wilson, tieso, grave, solemne, levanta su copa de champagne. Huerta, mirándole fijamente, le imita. Cien copas más derraman sus espumas. Era en memoria de Jorge Washington. Tres horas y media de vida les quedaban a Madero y Pino Suárez.

EL MINISTRO DE CUBA AL DE HACIENDA:—¿Durará largo tiempo el Gobierno Provisional?

DON TORIBIO:—Deseamos ardientemente que dure poco.....

Y variando el tema, rindió homenaje de simpatía a nuestra bella isla. «Estimo a los intelectuales cubanos y me interesa mucho su legislación en materia de Hacienda.»

EL DE CUBA:—Me sería muy grato proporcionársela a usted completa.....

DON TORIBIO:—Y yo le tomo la palabra, Ministro....

\* \* \*

Las ocho y cuarto..... Los salones rápidamente se vacían. En el vestíbulo recojen, damas y caballeros, los abrigos. A la derecha, en el pequeño gabinete donde Huerta y Félix Díaz se abrazaron, dos personajes conversan en reserva. La cortina, temblando al roce de la brisa, deja ver la doble estampa, atareada en alguna confidencia. En el sofá, el Embajador, hincados los codos en las rodillas, clava palabras con la frente, marcando con los conceptos. A su derecha Huerta, desplomado en cómoda butaca, escucha embebecido, inmóvil, a espaldas de su sombra, que se proyecta perdida en los bajos de la estufa....

UNA VOZ:—¿Quién pudiera adivinar lo que se dicen?

OTRA VOZ:—Ministro; no olvide usted a Madero y Pino Suárez.

## IX

**Cómo se supo en la Legación de Cuba el asesinato de Madero y Pino Suárez. La viuda de Madero quiere ver el cadáver de su marido. Cartas cruzadas entre el ministro y el Embajador. El ministro de la Barra explica el caso. Nadie cree la versión oficial. Cómo sacaron de Palacio a las víctimas. Informe del general Angeles. El crimen. Un anónimo que refiere los hechos.**

El Ministro de Cuba, después de brindar en la Embajada de los Estados Unidos, el 22 de febrero de 1913, por la gloria de Jorge Washington, se encerró en su despacho a trabajar, que tenía cien informes y oficios pendientes, mucho asunto en examen y mucho problema en estudio; montañas de papeles; expedientes y firmas y sellos que aguardaban y cartas y telegramas pidiendo turno; y mediada la noche, al parecer tranquila, dióse el Ministro blandamente al sueño, reclamándole descanso las magulladuras del cuerpo y del espíritu y la prolongada vigilia.

«¿Qué pasa?»... Un sirviente llama desde fuera de la alcoba. «¿Ocurre algo?»... Despierta el ministro y se yergue sobre las almohadas. El sirviente avisa que la señora Madero quiere hablar por el teléfono, desde la casa del Japón. «¿Es tarde?» Las siete de una fría mañana. Corre la esposa del ministro al receptor y escucha el desolado ruego; «¡Señora, por Dios; al ministro que averigüe si anoche hirieron a su marido! ¡Es preciso que yo lo sepa, señora!» Y no podía la del ministro consolarla, desmintiendo aquella versión, piadoso anticipo de una dolorosa realidad, porque, en ese mismo instante, su doncella le mostraba a todo el ancho del periódico «El Imparcial,» en grandes letras rojas, la noticia del martirio. El teléfono enmudece.... Allá, en la Legación del país del Sol Naciente, ha saltado por la ventana, a los pies de la viuda, otro diario que le cuenta lo irreparable de su infortunio. Y no ha lugar a duda. La prensa toda, con idénticos detalles, bien cosida al oficial embuste, y cierto lujo alevoso en la información gráfica, preparada en plena calma, descubriría, sin quererlo, el proceso de las tinieblas, cometido el crimen, explicado el hecho, serenas las conciencias, en una sola noche de furia; sonriente, suave el azul amanecer, que no acudieron al gemido angustioso de las víctimas la tempestad rugiente o el huracán vencedor; satisfechos de aquel regalo a la gloria de Silfos y Walkirias; disuelta en el rocío de la carne, como Hamlet quisiera; y cuajada la sangre en flores inmortales. El estupor, el asombro, abren al pensamiento los abismos y coordinan su lógica las ideas, en raudo vuelo de la Historia: ir de un siglo a otro siglo en un segundo, barajar como naipes las edades; y, sin movernos, correr de lo pasado a lo futuro y contemplar, principio y fin, torbellino de la vida, siempre giran-